

## De un provinciano a otro

Ya me tienes otra vez aquí, en la corte de España y de los milagros, descansando. ¿Qué puede hacerse aquí más que descansar, con uno u otro pretexto de ocupación de trabajo? Aunque bien sabes que no vine de grado.

Aquí, mis viejas relaciones, las de antaño, casi nada se me aparece cambiado; mucho menos que ahí, en ese nuestro rinconcito provinciano.

Lo que no puedes imaginarte es la soledad en que viven los más de estos que viven perdidos en la muchedumbre. Este es el pueblo de los solitarios que se pasan entre otros solitarios. Los pequeños grupos o peñas están profundamente aislados los unos de los otros. Son como islotes a la vista unos de otros, batidos por el mismo mar y arrullados en su nodorra por el rumor de las mismas olas. Pero en lo que les es íntimo, en sus interioridades, se desconocen mutuamente en absoluto. Y casi todos ellos desconocen el continente.

De lo que pasa por el mundo—el espiritual, se entiende—de por ahí fuera, y aun de mucho de lo que pasa aquí, sé yo más desde ese mi rincón, cuando en él vivo, que saben ellos y que sé aquí yo. En este caso sí que cabe decir que los árboles les impiden ver el bosque a los que vagan perdidos y solitarios en esta selva de almas. Y de pretendientes.

Te escribo estas líneas en la biblioteca del Ateneo, entre una porción de jóvenes estudiosos, que leen atentamente y toman notas. Alguien me ha dicho que se están formando. Ya sabes que antes la preocupación era «lograr»; ahora es «formarse». Supongo que formarse para llegar. Antes no hacíamos más que dar tajos con la guadaña, abatiendo la yerba sin cortarla; ahora se les va el tiempo en afilarla, y tampoco cortan. Pero se preparan. Mas he aquí que me entero de que los más de estos jóvenes estudiosos, tan aplicados y diligentes, no son sino opositores a distintas plazas y vienen acá a preparar sus cuestionarios. Y eso es formarse: preparar las contestaciones a un cuestionario, de ordinario absurdo, para llegar al destino y poder dejar de estudiar. «¿Qué ganas tengo de perderles de vista a los libros», oí decir el otro día a uno que se pasa el tiempo sepultada su vista en las páginas de ellos. Son sumisos y obedientes a la voz de sus padres, que les dicen: «Estudia, hombre, siquiera por lo poco que te falta...» Te estoy, pues, escribiendo entre pretendientes, entre opositores, futuros solitarios de la oposición.

Como puedes figurarte, ni me he arrimado siquiera a aquel establecimiento—es como le llama nuestro amigo «Azorín»—en que se reúnen a matar el tiempo los que viven sin alma y sin asombro, los habituados a toda anormalidad moral. Me parecen gentes de otro mundo cuando hablan de fórmulas—«se está buscando una fórmula...»—esos que no han logrado hacerse conciencia clara de la dignidad personal humana y de sus fueros. Es cosa que trastorna toda percepción estética el ver un tapiz del revés; pero es cosa que trastorna todo nuestro sentimiento ético ver esa comedia indigna, la del establecimiento, desde bastidores, desde dentro y oyendo al apunte más que a los actores. Y el que va allá del campo es como un loco.

Tú sabes que de todas las ciudades, villas, lugares y aldeas de España, el pueblo de esta corte de los milagros, si es que es pueblo, es el de menos sentido político, el que menos se interesa por la política. Lo que se debe en su mayor parte, ¡claro está!, a que en él está y funciona y representa el establecimiento, que es otro teatro más de los demasados que aquí, para daño de la cultura artística, hay. No faltan aquí curiosos espectadores de la comedia, pero que gustan verla desde entre bastidores mejor que desde butacas o galería, y otros que se contentan con leer al día siguiente la reseña en los diarios. Y es cosa que apesadumbra el ánimo ver la fila de interrutos, ayunos de cultura, que forman cola para poder oír el «himno»—así le llaman—del declamador apocalíptico—aunque sin Apocalipsis—de las aves y los peces. La degradación estética es ya extrema; no es fácil que se abisme más en el vacío el gusto público.

¿Y qué quieres que haga sino retirarme al Retiro con unos cuantos amigos fieles y discretos, a restregarme la vista en la dulce similitud de los verdes sobre esta delicia de cielo bruñido? Las hojas de oro tiemblan en las ramas negras como damasquinado vivo y palpitante y van luego cayendo, como neblina aurea, sobre la verdura del suelo. Parece todo ello un piadoso escenario de convalecencia. Querria uno curarse de heridas del alma aquí, en este ensueño de campo hecho por el hombre. ¿Qué sería de las endémicas soledades de esta corte si no tuviesen aquí ese campo de soledad y la compañía callada de esos viejos árboles confidentes? Hace falta todo el aire del Retiro para limpiar la mefita del establecimiento. Y aun no basta.

Y mira, es cosa triste, hay quien ha ido a ese Retiro a suicidarse. Y, en cambio, no se sabe que en el establecimiento se haya suicidado nadie. Aunque no le dan tiempo a ello. Ni puede decirse que se mate allí a nadie, pues nadie allí vive.

Y luego, pasearse, pasearse sin rumbo por las calles de esta corte tan tristemente alegre. Porque como alegre, lo es; alegre como un buchechito que trisca en una pañera antes de que le hayan cargado con las alforjas. Es alegre, sí; pero con una alegría que mete miedo. Es la alegría de más acá, no la de más allá del propio conocimiento. Sus matices son bulliciosos e infantiles.

Por dondequiera aquí respiras un extraño y ambiguo vaho espiritual, mezcla desconcertante de infantilidad y senilidad, de puericia y de vejez. Diríase que aquí, en esta selva de almas solitarias, pasan éstas de la niñez a la ancianidad sin haber pasado por mocedades y virilidades. Los niños, precoces, parecen viejos, y los viejos, retardados, parecen niños. Y de aquí la frialdad de esta alegría, una alegría como la del cielo de azul bruñido y frío también. El Sol mismo, radiante de luz, parece un sol frío.

Hace pocos días estuve en el Museo del Prado a volver a ver a nuestros grandes. Nuestros más grandes han sido los pintores. Nuestra literatura no puede compararse con nuestra pintura. No hay en la historia de nuestras letras poderes estéticos tan fuertes como los del Greco, Goya, Velázquez, Zurbarán, Murillo, Ribera, Valdés Leal, etc., etc. Volví a ponerme, yo todo enteró, frente a los lienzos inmortales del portentoso Velázquez. Y me parecieron como este sol radiante de luz



y frío. Me ensanchaban la vista y la visión; pero no me calentaban el corazón, aterido de soledad. Eran también luminosas soledades aquellos cuadros. Y me separé de ellos diciéndome: «El espejo no veo. Pero al salir me estuve ante las tragedias de Goya, ante aquellos apocalípticos fusilamientos.

Y con los fusilamientos de la Moncloa, de Goya, más en el corazón que en las sienes.

güi las calles de esta corte de los milagros políticos, entre niños y viejos y opositores, pensando en el pueblo del 2 de mayo de 1808 y en los mamelucos. Los mamelucos no se pasean ya a caballo por las calles y plazas de la villa y corte; los mamelucos matan el tiempo representando comedias, de mala gana y sin creer en ellas, en el dichoso y desdichado establecimiento. Y en rigor, los mamelucos no son mas que unos pobres ganapanes, contentos cuando pueden meter alguna pequeña morcilla para desquitarse del aburrimiento del papel en la comedia.

Ardo en deseos de volver, de volver a ese luminoso relicario del Renacimiento, a ese ensueño secular de oro. Quiero ver la caída de las hojas de los álamos junto al torreón forjado al ponerse el Sol. Y quiero, sobre todo, volver a comunicarme con el mundo, con el ancho mundo, el de los siglos que fueron y el de las tierras lejanas de hoy. Ansío encontrarme en mi refugio, en mi gabinete, teniendo en los oídos el cabo de los hilos mensajeros de las partes del mundo. Sé, además, que ahí sabré de lo que aquí vive mejor que lo pueda saber aquí mismo. Es a distancia y sin verse como en realidad comulgan entre sí los solitarios.

Miguel de UNAMUNO

